

863  
D.

PO. 6607  
.I 3  
B 3



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL.— PONTEJOS 8.

PRIMERA PARTE

En el anchuroso corralón, bajo un cielo de sombríos azules, duermen los segadores, haciendo cabezal del hatillo. No trajo la noche frescuras. Bocanadas de incendio sacuden á intervalos la atmósfera; vahos calientes brotan de la tierra, formando al ras de ella neblina. Los astros parpadean como ojos fatigados, predispuestos á la modorra. Hacia el fondo del horizonte brillan muy de tarde en tarde relámpagos.

La gente segadora duerme sobre los cantos que tapizan el corralón, junto á los montones de estiércol, al pie de los establos, á la puerta de las cuerdas y cochineras. Remordiendo el bocado último de su cena, se desplomaron contra el suelo. El sudor, reseco en sus trajes, desprende agrios olores; por sus bocas salen estruendosos ronquidos. De vez en cuando, un cuerpo se extremece, unas piernas se estiran y unos pesados zapatones golpean con metálico son los cantos.

Manuel despertó á la una y lleva otra hora sin poder conciliar el sueño. Cigarro tras cigarro, cinco encendió ya. Cuando lía el sexto, se incorpora,

se restriega con los puños los ojos, se pone lentamente en pie y, colgando su hoz de la faja, echa hacia el portalón.

Transpone el portalón, atraviesa la era, salta un cercado, toma asiento en los rebordes de una linde, enciende el pitillo, escupe á la atmósfera una ancha bocanada de humo y queda inmóvil, fijas las pupilas en las espigas que han de caer bajo el filo de su hoz. Apenas se las ve en la noche. Se las oye ir y venir á impulsos del aire mansurrón, con ruido sordo de marea.

—¿Quién fuma ahí? — gruñe cerca de Manuel una voz.

—No te asustes, Román — contesta el segador.— Ningún cuatrero es que venga al aquíl de tus caballerías.

—¡Ah, Manuel, eres tú! — exclama el gañán, acercándose. ¿Cómo tan de noche despierto? Yo, á la cuenta, eché la siesta larga; pero tú... El trajín de la siega es duro. De que anochece, cuando los hombres caen contra el cabezal, caen pa no abrir los ojos diquiá el amanecer. Y porque les llaman, los abren. Trae lumbre y te haré un rato de compañía, si no estorbo. A naide quiero yo estorbar. Y menos á ti que á denguno.

Hay en el acento de Román mezcla de cariño y respeto para el hombre á quien se dirige. Este le escucha silencioso, con un çodo apoyado sobre las rodillas y la barba en el puño.

—Se me fué el sueño; — murmura al cabo de una pausa. — No podía dormir y hacia este lindero me vine en busca de más fresco y de más buen olor. El corra-

lón, con los hombres y con el estiércol y con los animales, apesta.

—Peor golerá la cocina. Allí andan las mujeres. En cuanto esas condenás mueven los zagalejos, parece que se abre una cochinerá. Si no fuese porque, cuando están las cosas á punto, pierde uno hasta el olfato, ¡cualquiera!... ¿No es verdá tú, Manuel?

—¿Qué decías? — replica Manuel con acento distraído.

—Nada, hombre; sigue en tus pensares. Güenos decires sacas de ellos. ¡Mía que sabes!... Claro ¡cómo que has andao por el mundo!...

—Sé poco, Román. Allá tú y yo nos vamos de ignorantes. Algo se me alcanza por lo que he leído y por lo que he visto y por lo que he andado. Más que por eso, por mi tropiezo con un hombre que venía á ser para nosotros lo que Jesús para los suyos. Y como Jesús acabó. De un fusilamiento á una crucifixión, poco va.

—Pues cúrate en salú, no te afusilen á ti tamién. A mosotros, claro que á mosotros, mos gusta lo que dices, y haríamos lo que mos dijeras. Pero á otros no les gusta; y son los amos. Es mala cuenta meterse con los amos.

—Peor cuenta es reventar de hambre. ¡Si todos los hombres del campo pensarán como yo!

—Pa largo va ese viaje. Y pa no muy cerca va el mío. Antes de amanecer he de estar en el Sotillo con las bestias. Son dos leguas cumplías y son las dos y amanece á las cuatro. Diquiá la noche.

El muletero se dirige á la pradería donde pacen

sus bestias, monta en una de ellas y sale á campo traviesa entonando un cantar.

Manuel no cambia de actitud. Más abstraído que antes parece, como si las frases de Román hubieran golpeado su espíritu.

Por su memoria pasan los años últimos de su vida, los diez y ocho años transcurridos desde que salió del pueblo para «servir al rey».

Era entonces un campesino igual á todos, más despierto de imaginación, más firme de voluntad, más brioso y enérgico, pero, como todos, ignorante; como todos, hecho á vivir su vida sin comprenderla ni juzgarla.

Con lo poco que sabía de letra y algo estudiado en la academia del batallón, alcanzó los galones rojos y pudo devolver á los quintos los cachetes que otros cabos le dieron cuando aprendía el ejercicio.

Tenía buena presencia el mozo. Por méritos de ella y de sus galones, era sultán de fregatrices. No faltaban nunca en su bolsillo la peseta para café, la cajetilla de cuarenta y cinco y el cigarro de á quince. Amén de esto, siempre había cocinera de tanda dispuesta á lavarle y coserle la ropa. Claro que esta cocinera pagaba la merienda todos los domingos y la habitación donde hacían alto para dar á la merienda deleitoso remate.

Durante más de un año hizo la existencia corriente en militar «de clase». Vivió feliz sin preocuparse por nada, partiendo el tiempo entre la disciplina y sus diversiones, encontrando muy naturales y muy justos, cuando los recibía, los cogotazos de sus superiores; considerando muy naturales y muy justos los co-

gotazos que daba él á sus inferiores. Si leía periódicos era no más que por enterarse de los *sucesos* y de las revistas de toros; si hablaba de política hacíalo afirmando que todas las políticas y todos los políticos tenían que achantarse y bajar la cabeza ante los maüßer y el cañón.

A veces, recordando su existencia anterior de labriego, maldecía de ella y de quienes explotaron sus brazos moceriles. ¡Ah, los amos, los que dejan morir de hambre al trabajador durante el invierno y le dan en las épocas de faena, por la faena improba, los dos reales y los tres gazpachos!

Afortunadamente era soldado ya; y seguiría siéndolo, reenganche tras reenganche, hasta que la vejez trajese el retiro. ¡No más esclavitudes! ¡No más gazpachos! ¡No más jornales cincunteros! Si hubiera que volver á ello quizás que algún propietario no lo pasara bien.

La rebelión surgía en su espíritu cuando pensaba en retornos á la servidumbre aldeana. Ahora que estaba lejos de ella, que la costumbre de sufrirla había desaparecido, la contemplaba como era en la realidad, indigna de hombres, buena para bestias, si acaso.

Por dicha, la servidumbre terminó. La disciplina militar no era servidumbre. Era ley necesaria. Para que muchos obedezcan á uno, precisa rigidez. El de la milicia es un mundo aparte. El militar no es hombre, es militar: un corazón valiente, metido dentro de un uniforme, para defender á los corazones cobardes, para meter en cintura á los corazones rebeldes, para conservar la paz y el orden dentro del

país, para ir á la guerra con los de fuera del país y probarles que se vale más que ellos.

¡La guerra!... De haber guerra, de ascender los de tropa, sus galones de oficial no se los quitaba á Manuel nadie. Y de no haber ascensos, lo que es sin la laureada puesta en la chaquetilla no volvería de la guerra. Por el pronto, ya era sargento y servía el primer reenganche.

Aquel edificio de fanatismo militar se cuarteó una tarde, á la vuelta de la instrucción.

Con los quintos incorporados al regimiento, llegó uno de aspecto señorial, de azules y voluntarios ojos, de boca fina y firme, de frente espaciosa, partida en dos por una arruga honda que caía perpendicular entre sus cejas. Era el mozo pálido de color, lento de andadura, retraído de carácter. Mecánico de profesión, tocóle suerte de soldado y fué á serlo. En el regimiento y en la compañía de Manuel se alistó.

Aquella tarde, cuando regresaron los quintos y subieron á los dormitorios, echó menos Francisco — así se llamaba el mecánico — su bolsa de aseo. Ni dió queja alguna, ni formuló reclamaciones. Al girar el sargento Manuel su visita usual de inspección, notó la falta, y, encarándose con el quinto, hizo esta pregunta:

— ¿Y tu bolsa de aseo?

— No sé.

— ¿Que no lo sabes?

— No, señor.

— ¿Y te quedas tan fresco con la contestación?

¿Crees que con ella me voy á conformar?

— No le puedo dar otra.

— La darás — gruñó Manuel retorciéndose los bigotes. — Las bolsas de aseo no se pierden así como así. Una de dos, la has vendido ó te la han quitado. Si la has vendido, dilo pronto y di en cuánto y á quién. Si te la han quitado, debes sospechar de quien sea. Denúncialo, yo me encargo de que vomite la verdad.

— No he vendido la bolsa.

— Entonces han debido quitártela. Cuando salimos para la instrucción la tenías; la he visto yo. Ninguno subió al dormitorio antes que tú. Contigo subieron tres ó cuatro. El ladrón tuvo que acercarse á tu cama y tú debiste verle. Recuerda quién fué.

Francisco recordaba perfectamente que un soldado viejo se había adelantado á él y á sus compañeros; que él había visto desde la puerta salir de junto á su cama al soldado viejo con un bulto en la mano. Estaba seguro de que era su bolsa de aseo el bulto aquel; pero estaba también seguro de que el ladrón, una vez descubierto, sufriría castigo desproporcionado á la falta y le parecía inícuo delatarle. Por una bolsa de aseo no se manda á presidio á un hombre. De ahí que resolviera no hacer la denuncia. De acuerdo con este propósito, dijo:

— A nadie ví, sargento.

— ¡Con que no!... Entonces eres tú, sinvergüenza, quien vendiste la bolsa.

— Ni soy un sinvergüenza, ni he vendido la bolsa, ni tiene usted derecho á insultarme — exclamó Francisco con voz firme y tranquila.

— ¡Derecho á insultarte!... No insulta quien dice la verdad. Además yo, contigo, tengo derecho á

todo. Por algo soy tu superior. Si no te has enterado, entérate.

—Hace tiempo, desde que tengo uso de razón, estoy enterado de una cosa: de que soy un hombre y de que ningún hombre tiene derecho á ofenderme cuando no doy motivo.

—Ese es buen decir entre paisanos. En el cuartel se hila de otra manera. Déjate de pamplinas y contesta tal que si dieras Catecismo. ¿Has vendido la bolsa?

—No.

—¿Te la han quitado?

—No lo sé. Ni aunque lo supiera lo diría. No me gusta ser delator.

—Lo sabes y vas á decirlo; por las buenas ó por las malas, yo te haré cantar.

—Es difícil que uno diga nada cuando nada sabe ó cuando nada quiere decir.

Ante aquella dulce terquedad, el sargento, que era vivo de genio, sintió que el genio se le iba bajando á las manos.

—¡Te negarás á obedecer!—murmuró roncamente.

—Me niego á delatar á nadie.

—¡Desobedeces!...

—Callar no es desobedecer.

—¡Yo te haré abrir la boca, canalla!

Y Manuel, levantando el brazo, descargó un tremendo bofetón sobre la cara del recluta.

Este se puso lívido y dió un paso atrás apretando los puños. La arruga de su frente se hizo más honda, más sombría. Levantó los ojos azules, miró al sargento hito á hito, y con voz serena, en la que no ha-

bía vibraciones de temor ni de cólera, le arrojó en rostro esta palabra: ¡Cobardel!

—¡Cobardel!—rugió Manuel.—¡Yo cobardel... ¡Me has dicho cobardel!—añadió, cogiendo á Francisco por el cuello de la guerrera y zamarreándole.

—Te he dicho cobarde porque lo eres. Es gran cobardía abofetear á un hombre que no se puede defender. ¿Crees que esos galones te autorizan á abofetear á otro, á un hombre que, cuando salga y salgas de aquí, será un obrero como tú, un hermano tuyo en el trabajo y en la servidumbre? ¡Si lo crees, mereces lástima!... ¡Pronto has olvidado que pertenecemos á una casta misma, la de los explotados! ¿Por esos galones que llevas te juzgas ya de la casta de los explotadores, y pones, como ellos, la razón en el golpe y en el castigo?... ¡Si es así, continúa pegando, y cuando llegue la ocasión, cuando hermanos tuyos pidan en las calles justicia, dispara contra tus hermanos!... Si lo haces, serás aún peor que cobarde, serás un traidor á tu causa. Ahora, pega si quieres.

Manuel no pegó. Con la cabeza baja, sin atreverse á mirar frente á frente á Francisco, sin replicar á sus razones, le envió al calabozo.

No fueron al calabozo con el quinto las palabras del quinto. En la memoria y en el corazón del sargento quedaron. A sus solas dió éste en pensar que el mecánico tenía razón; que era cobardía abusar de los galones para abofetear á un hombre; que el obrero, á los obreros se debía, no á los explotadores, á los verdugos del obrero. El ejército no era lo que debía ser: brazo armado por la patria para defen-

derla; era muchas veces instrumento de los opresores contra los oprimidos. Los oprimidos no debían amarle. En el breve espacio de ocho días se vino abajo en el espíritu de Manuel la falsa leyenda militar. Sintió disgusto de su oficio, y comenzó á maldecir la hora en que se había reenganchado, á desear que finaran los años del reenganche para desprenderse del uniforme y volver con los suyos, con los que en los campos y en los talleres y en las fábricas trabajan y sufren, aguardando su redención.

Cuando Francisco salió del calabozo, Manuel y él intimaron. Tenía el mecánico carne de apóstol y era firme adalid de las reivindicaciones obreras. A ellas había que llegar por todos los medios. El período actual era período de lucha á muerte entre dos castas, la proletaria y la burguesa. Había que ir á la gran batalla, vencer á los burgueses, derribarlos, imponer la nueva doctrina. Luego vendría la paz, el mundo nuevo, donde vivirían todos los hombres en hermanos, sujetos á leyes santas de fraternidad y de amor.

Estas ideas fueron inculcándose poco á poco en el cerebro del trabajador campesino. Ayudáronle en tal evolución lecturas de libros y periódicos que Francisco le proporcionaba. Muchas cosas seguían siendo oscuras y laberínticas para él. Cifras, problemas económicos, balances aritméticos entre las ganancias del capital y los rendimientos del trabajo, no encajaban en su meridional sesera, conformada para lo romántico y lo indeterminado. Sólo veía claramente una cosa: la injusticia social que obliga á unos hombres á sacrificarlo, á entregarlo todo, para

que otros hombres lo disfruten y lo recojan todo; la desigualdad irritante que divide á las criaturas humanas. Esto sí lo veía claro; y de ello su espíritu rectilíneo, simple, deducía una consecuencia: que la injusticia y la miseria y la desigualdad debían concluir. ¿Cuándo? Lo antes posible. ¿Cómo? Como fuera. El cómo era lo menos.

Fué rápida la transformación. Bien es cierto que á ella ayudaron, más que las lecturas y el proselitismo del mecánico, la herencia de servidumbre, de esclavitud, de odio depositada en la sangre de Manuel por cien generaciones de jornaleros campesinos. Aquellas generaciones habían soportado paciente-mente, sin darse cuenta cabal de ellas y de la injusticia que ellas significaban, la esclavitud y la miseria; pero también, sin darse cuenta de ello, el odio y el ansia de desquite se habían ido infiltrando en la sangre de esas generaciones y habían pasado de una en otra. Era la semilla caída en el surco, germinando lentamente en las frialdades del invierno, aguardando una primavera que la hiciese brotar en tallos sangrientos, en flores sombrías de rencor.

Cumplido su tiempo de servicio, el mecánico abandonó las filas dejando en ellas á Manuel.

El obrero fué á B\*\*\*, gran ciudad minera, y halló trabajo en una de sus fábricas. De largo en largo el sargento y él se escribían.

Un día trajeron los periódicos alarmantes noticias de B\*\*\*. Los mineros, hartos de los patronos, se habían declarado en huelga.

La huelga fué pacífica en sus comienzos. Los mineros solicitaban un aumento mínimo en sus jornales

ó una mínima reducción en las horas de su trabajo. Los patronos se negaban á esta petición.

Cesaron las faenas y comenzó la lucha entre proletarios y burgueses. Aquéllos resistían esperanzados en que el paro y las consecuencias del paro harían ceder á éstos; éstos resistían también seguros de que su oro les permitiría hacer frente á la huelga, y de que la miseria rendiría á los trabajadores.

Los mineros, ayudados por otros oficios similares, se mantuvieron firmes. La caridad obrera abrió sus brazos á los hijos de los huelguistas. Hogar tuvieron los chiquillos donde como á propios les cuidaban. Libres los huelguistas de la preocupación de los hijos acrecieron en tenacidad y energía.

Sosteníanles sus mujeres, más bravas y más resueltas que ellos.

El Gobierno intervino. Hubo conferencias con los patronos; ofrecimientos, sólo ofrecimientos de leyes más equitativas; arbitrajes inútiles de patronos, gobernantes y obreros. Toda la comedia político-social de rigor fué representada, sin omitir requisitos ni gastos.

Los obreros celebraron *meetings*, muchos *meetings*; los ministros Consejos, muchos Consejos; los patronos reuniones y juntas, muchas juntas y muchas reuniones. El público se arrebatava los periódicos de las manos. Había en ellos para todos los gustos: artículos furibundos donde se ponía á los mineros de rebeldes, de intransigentes, de insurrectos y de perturbadores; furibundos artículos en que se llamaba á los patronos codiciosos, egoístas, crueles... Cada ciudadano, cada neutro, leía el periódico

de su predilección, tomando café con los amigos y dando á la atmósfera los humos azules del cigarro.

Manuel también leyó la prensa. Estaba con los de la mina. ¡Ah, si él fuera general, coronel siquiera, de qué buen gusto iría con sus tropas á B\*\*\* á pelear contra los patronos, á defender á los proletarios, á ayudar á uno de sus caudillos, á Francisco González, al antiguo quinto de su regimiento, á su amigo Francisco! El nombre de éste iba y venía ahora por las columnas periodísticas, entre elogios y vituperios. Francisco era el director principal de la huelga.

Hecha la avenencia imposible, el Gobierno se declaró vencido. Los patronos recurrieron á los esquirols y los huelguistas chocaron con éstos. El primer choque fué contrario á los esquirols. Acobardados por la actitud de los mineros, se negaron á trabajar si no les protegía la fuerza pública. Los patronos acudieron al gobernador; éste les dió apoyo, y como los agentes de orden público y la guardia civil resultaban insuficientes para amedrentar á los huelguistas, el gobernador civil resignó el mando en el militar; el militar pidió refuerzos al Gobierno y el Gobierno los envió, declarando el estado de guerra, según él, para restablecer el orden; según los patronos, para garantizar la "santa libertad del trabajo"; según los huelguistas, para poner los fusiles de la parte de los patronos y proporcionarles el triunfo.

Al regimiento de Manuel le tocó acudir en refuerzo de las tropas de B\*\*\*. Salieron los expedicionarios en tren especial, con vía libre para llegar antes y con antes. Los soldados, con el estómago lleno y las